

Gente de campo

Patrimonios y dinámicas rurales en México

Esteban Barragán López
Editor

Volumen I



El Colegio de Michoacán

GENTE DE CAMPO
PATRIMONIOS Y DINÁMICAS RURALES EN MÉXICO

Esteban Barragán López
Editor

Volumen I



El Colegio de Michoacán

ÍNDICE

<i>Con los pies en la tierra</i> Esteban Barragán López	11
I. FORJAMIENTO Y TRAYECTORIAS DE LAS SOCIEDADES RURALES	
LA GENTE DE CAMPO EN EL PANORAMA HISTÓRICO-GEOGRÁFICO DE MÉXICO	
<i>El mundo rural, diverso y cambiante</i> Patricia Arias	19
<i>La línea de color. Notas sobre la población negra en los espacios rurales y urbanos de la Nueva España</i> Antonio García de León	33
<i>Gente de campo en vías de urbanización</i> Luis González y González	45
II. DIVERSIDAD SOCIOCULTURAL EN EL CAMPO MEXICANO	
ÍNDIGENAS, RANCHEROS, EJIDATARIOS, BURGUESÍA RURAL, JORNALEROS E HIBRIDACIONES CULTURALES	
<i>Nuevo San Juan Parangaricutiro. De la comunidad tradicional a la comunidad de interés</i> Claudio Garibay Orozco	53
<i>La configuración histórica de las comunidades rancheras del noroeste de Chihuahua. Colonia y siglo XIX</i> Jane-Dale Lloyd	65
<i>Los tratos agrarios. Vía campesina de acceso a la tierra</i> Héctor M. Robles Berlanga	79
<i>Río Laja (1936-1970). Uno de los ejidos "rancheros" de Dolores Hidalgo</i> Manola Sepúlveda Garza	95

<i>“Los ricos y la plebe”. Vicisitudes de identidad, política y riqueza entre una burguesía rural marginal, 1942-2001</i>	107
Sergio Zendejas	
<i>Ser jornalero agrícola hoy</i>	135
J. Luis Seefóo Luján	
<i>Afrodescendientes, indígenas, y mestizos, registros y olvidos. El caso de la Costa Chica de Guerrero</i>	161
Haydée Quiroz Malca	
<i>Sobrevivir en el desierto. El proceso de desertificación en el altiplano potosino</i>	183
Isabel Mora Ledesma y Javier Maisterrena Zubirán	

III. EXPRESIONES CULTURALES DE LA GENTE DE CAMPO

NARRATIVAS, CORRIDOS, ARTE ESCÉNICO, MANUFACTURAS, FOTOGRAFÍA Y VIDA COTIDIANA

<i>Siluetas campesinas en la narrativa rural mexicana del siglo XX</i>	205
Herón Pérez Martínez	
<i>Los refugios rancheros y la marginalización del corrido. Notas de historia cultural mexicana</i>	221
Guillermo E. Hernández	
<i>La representación de la “gente de campo”. Un estudio del poder en la mirada escénica</i>	239
Antonio Prieto Stambaugh	
<i>Artesanías del campo</i>	259
Sol Rubín de la Borbolla	
<i>Indígenas y campesinos en las imágenes de dos acervos históricos mexicanos. El Instituto Nacional Indigenista y el Archivo General Agrario</i>	265
Teresa Rojas Rabiela e Ignacio Gutiérrez Ruvalcaba	
<i>El Sistema de Consulta del Archivo General Agrario de México. Una nueva herramienta para la historia agraria</i>	271
Laura Ruiz Mondragón	

Volumen II

IV. RURALIDADES EMERGENTES

MUDANZAS DEL IMAGINARIO RURAL Y PROCESOS DE INTEGRACIÓN

<i>¿Sigue siendo católica la gente del campo? Las transformaciones de las identidades religiosas en las sociedades rurales</i>	285
Miguel Jesús Hernández Madrid	

<i>Recursos naturales, pueblos indígenas y negros. Derechos y conflictos</i> Willem Assies	297
<i>¿Por qué necesitamos el campo? La ruralidad y el bienestar social</i> John Gledhill	319
<i>Ruralidad reemergente. Estrategias de vida, producción y agrotecnología en un asentamiento de reforma agraria en el nordeste brasileño</i> Elena Calvo González	343
<i>La integración de una zona rural jalisciense a través de la política social</i> Diego Juárez Bolaños	357

V. PATRIMONIOS CULTURALES FRENTE A EXPECTATIVAS URBANAS DEL MEDIO Y LOS PRODUCTOS RURALES

TERRITORIOS RURALES Y PROCESOS DE CERTIFICACIÓN DE MANUFACTURAS

<i>Los cultivadores del Lerma en tiempos de globalidad</i> Brigitte Boehm Schoendube	371
<i>La planeación de “centros turísticos sustentables”. ¿Estrategia prometedora para impulsar el desarrollo rural o ilusión sin perspectiva? El ejemplo de Bahías de Huatulco, Oaxaca</i> Ludger Brenner	397
<i>Entre autonomía y patrimonialización de los territorios rurales del Distrito Federal</i> Thierry Linck	431
<i>El comercio justo. ¿Víctima de su éxito?</i> María Cristina Renard	443
<i>Protección de indicaciones geográficas. Estrategia para el mejoramiento de los hombres de campo</i> Theodore Schultz Hoefflich	459
<i>Experiencia de un encuentro inesperado. La apropiación de una propuesta tecnológica para la producción artesanal con certificación de origen y calidad del Queso Cotija</i> Patricia Chombo Morales	481
<i>El mercado solidario. Reglas de juego y certificación de valores simbólicos</i> Alma Amalia González Cabañas	501

VI. PERSPECTIVAS PARA EL CAMPO Y SU GENTE

CAMBIOS EN LAS SOCIEDADES RURALES Y SUS ENTORNOS MEDIOAMBIENTALES FRENTE A LA GLOBALIZACIÓN

<i>Globalización y seguridad alimentaria en México</i> Luis L. Esparza	517
---	-----

<i>Reorquestar las disciplinas. Una interpretación socioecológica del mundo rural</i> Víctor M. Toledo	535
<i>Las nuevas ruralidades. Forjando alternativas viables frente a la globalización</i> David Barkin	553
SESIÓN PLENARIA. LA GENTE DE CAMPO ENTRE ALTERNATIVAS, POLÉMICAS Y ENFOQUES ACADÉMICOS	
<i>Empoderamiento de la cultura del maíz. Una alternativa</i> David Barkin	575
<i>Los elementos no materiales del patrimonio rural</i> Thierry Linck	577
<i>Gente de campo, cuestiones polémicas</i> Brigitte Boehm Schoendube	581
<i>De la diversidad a la universalidad</i> Cynthia Hewitt	587
<i>La nueva ruralidad requiere investigación interdisciplinaria, interinstitucional e internacional</i> Víctor M. Toledo	589
ÍNDICE ONOMÁSTICO	591
ÍNDICE TOPONÍMICO	599

SILUETAS CAMPESINAS EN LA NARRATIVA RURAL MEXICANA DEL SIGLO XX

Herón Pérez Martínez*

PRELUDIO

La narrativa rural del siglo XX mexicano consistente en historias, novelas, cuentos y en general relatos, está habitada por gente de pueblo. Gente, a saber, cuya vida no sólo se desarrolla en un ambiente rural sino que todas sus configuraciones culturales pasan por un tamiz que, de una manera o de otra, gira en torno de la tierra con todo lo que la rodea y la implica: las esperanzas y los fracasos, las siembras y las cosechas, la flora y la fauna, el clima y sus inclemencias, la intemperie y su cultura, la enfermedad y sus vaivenes. Gente aislada, oprimida hasta por sus rígidas normas morales y desde luego por sus esclerotizadas instituciones socioeconómicas; gente para la que hasta el amor, aun el legitimado por la bendición nupcial, es vivido como un estigma que avergüenza a quien lo padece. La gente que puebla esta narrativa si bien ostenta un exterior tranquilo y apacible, bajo esta apariencia de quietud silenciosa y sumisa late un interior agitado y turbulento en el que fermentan las rebeldías, las inconformidades, las insatisfacciones e ideas de libertad: la gente que emerge de esta literatura es gente que obligada por la miseria, tiene que dejar a su familia, su tierra y sus cosas y emigrar al norte para dejar encendida, aunque sea así, su esperanza.¹ Y es que, como dice un refrán rural, “debajo del agua mansa, está la mejor corriente”.² Jaime Torres Bodet, refiriéndose a *Al filo del agua* de Agustín Yáñez, dice de la gente del campo:

Andan despacio, viven despacio, se hacen despacio; con un ritmo que parece de otra época, aunque no lo es, porque [en el campo] la moneda del tiempo tiene su peso íntegro y su más elevada cotización. Es un tiempo que miden por sus repiques, por las mañanas y por las tardes, campanas en cuyo bronce nos saluda y nos guía la voz de México ... esa quietud que solo engaña a los ignorantes, porque protege un hervor de pasiones y de deseos, que es fermento magnífico del futuro; esa ciencia tácita de esperar, que lo labra todo sin estridencias, el poema y la vida, la corona de azahares y la mortaja, el idilio y la rebelión; ese recato que en ocasiones estalla en pólvora; esa sumisión capaz de romper cadenas ...”³

* El Colegio de Michoacán, Centro de Estudios de las Tradiciones.

1. Rosario Castellanos en Yvette Jiménez de Báez y Rafael Olea Franco (eds.), *Memoria e interpretación de Al filo del agua*, México, El Colegio de México, 2000, p. 380.

2. *IDM* 50.

3. Jaime Torres Bodet en *Memoria*, p. 381.

El jalisciense Agustín Yáñez es, en la narrativa rural del siglo XX, uno de los paisajistas más afortunados y puntuales de la gente del campo. Para ello, podría bastar su llamada “trilogía de la tierra”: *Al filo del agua* (1947), *La tierra pródiga* (1960) y *Las tierras flacas* (1962). A propósito de bosquejos del campo y su gente trazados por la literatura rural, quiero empezar este somero recorrido por el boceto que de su hablar ofrece Agustín Yáñez en *Las tierras flacas*. A la pura manera del *Quijote* de Cervantes o *El Periquillo sarniento* de Lizardi, Yáñez documenta puntualmente el hablar de la gente del campo y glosa el argumentar de sus alegatas cotidianas, mediante racimos de refranes encuadrados en tramas de acciones típicas que, en su conjunto, documentan un panorama no sólo del hablar rural sino de sus puntos de seguridad, y de sus creencias más recónditas en el contexto de un tema recurrente en su narrativa: el caciquismo, especie de espectro que siempre ha asediado a la gente del campo.

Estos refranes, como dirá más tarde don Agustín, son parte de “la realidad descrita”, por un lado, y son herramienta de primera mano para “conseguir ciertos efectos de expresión y aún de belleza literaria”. Pues, según Yáñez, “el refrán refleja con claridad los estilos de las conciencias de los personajes”: es como el dato que ofrece la estilística para conocer la estructura de la reflexión en la imaginación de los personajes. Este hablar, en efecto, documenta de la manera más directa y eficaz una manera de percibir la realidad, una conciencia de las cosas y una actitud ante la vida. He aquí un pequeño ejemplo de los refranes de esa novela:

- A burro viejo, aparejo nuevo⁴ (p. 295).
- A cada pájaro le gusta su nido (p. 328).
- A Dios rogando y con el mazo dando (p. 142).
- A donde no se meten, se asoman (p. 102).
- A este cilantro tan seco le falta su regadita.
- A gato satisfecho no le preocupa ratón (p. 60).
- A la cuesta abajo, las calabazas ruedan (p. 134).
- A la madera se le busca el hilo, a los tarugos el lado (p. 208).
- A la res al cuero y al caballo al pelo (p. 300).
- A la suerte nomás una vez se le ven las orejas (p. 100).
- A las mujeres y a los charcos no hay que andarles con rodeos (p. 71).
- A lo dado hasta los obispos trotan (p. 275).
- A lo tuyo, tú: otro como tú, ninguno (p. 104).
- A mí no me tizna el cura ni en miércoles de ceniza (p. 275).
- A nadie le falta Dios cargando su bastimento (p. 54).
- A pesar de ser tan pollo, tengo más plumas que un gallo (p. 104).
- El que de su casa se aleja, nunca la encuentra como la deja (p. 297).
- El que de veras es hombre no le busca pico al jarro (p. 129).
- El que es bonito jarrito es bonito tepalcatito (p. 358).
- El que mucho mal padece, con poco bien se consuela (p. 255).

4. Los siguientes refranes aparecen en Agustín Yáñez, *Las tierras flacas*, 6ª ed., México, Joaquín Mortiz, 1977, en las páginas indicadas en cada caso.

- El que nació para ahorcado no morirá ahogado (p. 229s).
- El que nació para buey, de arriba le caen las llaves (p. 202).
- El que nada debe, nada teme (p. 298).
- El que no conoce a Dios, dondequiera se anda hincando (p. 54).
- El que no jala de puntas, a las yuntas (p. 213).
- El que no tiene quehacer piensa en los males que hará (p. 203).
- El que nunca pastor siempre borrego (p. 280).
- El que padece de amor, hasta con las piedras habla (p. 295).
- La corona que uno se labra esa se pone (p. 54).
- La culpa no es del gallo sino del amarrador (p. 208).
- La esperanza muere al último (p. 327).
- La Magdalena no estaba para tafetanes (p. 33).
- La mujer alta y delgada, y la yegua colorada (p. 77).
- La mujer mala o buena más quiere freno que espuela (p. 76).
- La mujer y la guitarra son del que las toca (p. 244).
- La mula es mula y cuando no pateca reula (p. 76).
- La mula es mula: cuando pateca reula (p. 213s).
- La ociosidad es la madre de todos los vicios (p. 28).
- La que al toser te entienda, tiene buena rienda (p. 76).
- La rana más aplaudida es la que más recio grita (p. 208).

Tópicos de un hablar, sistema de creencias, expresión de desconfianzas hacia la palabrería, preferencia inquebrantable por lo real, por lo que ya se tiene en mano aunque sea poco porque la realidad que circunda a la gente de campo siempre es una realidad precaria, pese a la prodigalidad y exuberancia de la tierra: eso poco que ya se tiene es, por ello, mucho mejor que cualquier tesoro sólo prometido, hecho sólo de palabras, aunque esas palabras sean oraciones y el que está en la otra punta de la palabra sea Dios: por eso, hay que trabajar, aunque se esté rezando. Ese tipo de literatura, en efecto, muestra el hartazgo de promesas que aqueja a la gente del campo. Por ello, si la gente de campo es religiosa, no lo es tanto como para perder la noción de lo que vale la realidad: ya no se fía de los paraísos mal armados con papel de china de colores, por muy bonitos que estén. Por ello la gente de campo tiene sus prejuicios muy arraigados y bien justificados: algunos de ellos tienen que ver con el honor y con la mujer que, a la vieja usanza, también ella necesita, como el caballo, rienda, espuela y freno. Y cosas así.⁵ Yáñez nos ofrece en *Las tierras flacas*, además, una excelente descripción de uno de estos poblados en que vive la gente del campo:

En el paisaje calcinado, la dispersión de casas, alejadas unas de otras, distintas y parecidas entre sí, protegidas casi todas por algún árbol guardián, que con los que crecen a trechos junto al cauce del arroyo, mitigan la dureza del escenario, la monotonía interminable de tonos pardos, blancuzcos, delgadísimos ocre, a rayas de cercas dibujadas con profusión en el conjunto del yermo. Pardas casas de adobe. Una que otra enjabelgada, deslumbrante a la luz del sol. El rancho arrimado a la depresión del arroyo, por una y otra orilla, partido en dos: cuatro casas

5. Véase el refranero completo de *Las tierras flacas* en Herón Pérez Martínez, *Refrán viejo nunca miente*, Zamora, El Colegio de Michoacán.

desparramadas a un lado y cinco al otro, en medio del gran llano diluido en el azul humoso de las montañas que lo rodean, entre las que sobresalen la serranía de Cardos y el cerro de la Taponá. No se ven huellas de caminos; pero se adivinan algunos en la línea de cercas paralelas, muy juntas y largas.⁶

De eso trata esta ponencia: de documentar con una serie de cuadros extraídos de la narrativa rural del siglo XX algunos de los más representativos rasgos de un modo de ser, hablar, de pensar y, en suma, de vivir la vida, que tiene y padece la gente del campo tal cual es documentada en las simbolizaciones, filtros y lenguajes que ha acuñado la narrativa mexicana del siglo XX sobre el campo y su gente. En todo caso, a partir de la literatura no parece difícil conformar configuraciones, del tamaño que sean, sobre los tipos campesinos que pueblan el universo de nuestra narrativa: siluetas, a saber, que perfilan maneras de vivir la vida, de dibujar rincones paradisiacos a prueba de penalidades cotidianas, formas de pensar, de afrontar las desgracias, de arreglar sus cosas y de soñar; los actores que subyacen son un tipo de gente, con su honradez, su sinceridad, su socarronería y sapiencia a flor de vida, que deambulan con vigor la narrativa mexicana del siglo XX; han acuñado e institucionalizado a partir de su vida cotidiana y hoy conforman un poderoso lenguaje sobre el que queremos llamar la atención aquí.

La literatura, ya se sabe, es un tipo de textualidad que se refiere a la realidad que explora mediante un vasto y desarrollado sistema de simbolizaciones que las tradiciones han convertido en un poderoso sistema semiótico que utiliza recreaciones narrativas de la realidad extralingüística que le sirve de referente para documentarla y, en su caso, emitir su opinión sobre ella mediante la crítica, tópicos, pues, del hablar cotidiano como los anteriores funcionan a la manera de un prontuario que está en la punta de la lengua de la gente de campo, un tipo de gente que fue recogiendo las verdades en que apoya su hablar diario a veces de la experiencia, a veces de una fe grabada con el cincel de predicador, a veces de las viejas voces de la tradición.

El principal presupuesto, por tanto, que subyace al cuadro aquí pergeñado es que la “gente de campo”, de carne y hueso y de la que, con otros lenguajes y postulados se ocupa este coloquio, conforma en la narrativa mexicana del siglo XX una poderosa, sugestiva y variada simbología tanto como un variado universo de lenguajes que ha inspirado, de la manera más espontánea y natural, a los creadores, en las distintas artes, proporcionándoles espacios de ricas y vigorosas matrices semióticas, especies de mundos fantásticos por naturales, refugios de sueños, con las que se suele simbolizar la vida de campo con su lucha cotidiana por la supervivencia y, a lomos de ella, los puñados de ilusiones y frustraciones que la conforman, los ocios, las prisas o la paciencia con que se teje el accionar de cada día, el contacto asiduo con las cosas de la naturaleza, como lluvia, las montañas, los ríos, los árboles, los arbustos y las plantas de flor y fruto, con la tierra madre, en suma, y todo lo que vive de ella y lo que en ella alienta.

Estas simbolizaciones presentan gente experta en las estaciones, en la tardanza de las lluvias, en los años buenos y los años malos, en el crecer de los sembradíos y en el cosechar; gente que ha desarrollado una intensa familiaridad con una variada fauna, doméstica o no, con la que conviven a diario, de la que aprenden un saber añejo, natural y sólido y hacen bueno el mandato del creador de

6. Agustín Yáñez, *La tierras flacas*, 6ª ed., México, Joaquín Mortiz, 1962, pp. 35ss. Guadalupe de Anda en *Los cristeros (Clásicos de la literatura mexicana. La novela de la revolución*, segunda edición, México, PROMEXA, 1992, p. 143) trae, entre otras, esta fugaz descripción de un rancho: “se aproximan a la casa principal, rodeada de sórdidos jacales que enseñan su miseria por todos lados.”

dominar y enseñorearse sobre los animales de la tierra. Es la gente de campo tal cual ha quedado consignada en nuestras literaturas: gente con sus respectivos arreglos para todas las ocasiones y un buen caudal de salidas improvisadas para los casos de necesidad. El otro presupuesto de esta exposición es que son tan poderosas estas siluetas que con un pequeño racimo es posible documentar el universo entero de los habitantes del agro.

LA GENTE DE CAMPO EN LAS LITERATURAS

Es que la literatura, lo sabe Pero Grullo, trabaja por tradiciones que forjan no sólo los símbolos de los que se vale sino, desde luego, los cauces de su interpretación. Los símbolos, así, con que la literatura mexicana ha trazado las siluetas campesinas vienen de mucho más lejos: de hecho, las literaturas de todas las culturas han empezado la creación de sus símbolos con la gente del campo. Gente de campo, en efecto, ha inspirado las figuras que dan vida y, desde luego, sentido a las obras más importantes de la literatura de todos los tiempos desde *Los trabajos y los días*, de Hesíodo, con su prontuario sobre el trabajo del año campesino y sus responsabilidades, hasta el Quijote que recrea personajes y figuras campesinas con sus canciones y su hablar. O gente de campo como el pastor, personaje surgido de la literatura bucólica que la antigüedad clásica usó para expresar los sentimientos más delicados en una atmósfera apacible y feliz, alejada de la dura lucha política que revuelve al mundo urbano.

Gente de campo, sí, ha inspirado obras como los *Idilios*, de Teócrito, y desde luego las *Églogas*, las *Bucólicas* o las *Geórgicas* de Virgilio que imagina las alegrías que brotan del descanso justamente ganado y que se solaza ante la plena libertad interior manifestada en el amplio cauce encontrado por las cosas frágiles que como el humo que acompaña la forja del arado o el canto con que la mujer por la noche mitiga las penalidades de sus trabajos, o el altar de la fiesta, o el surco abierto y las semillas escogidas a mano dan cauce y fundamento a la felicidad del hombre en el goce de los bienes de la paz. El canto virgiliano a la vida del campo, hace desfilar una serie de significativas figuras de cuantas lo pueblan como la del pastor Títilo en la *Égloga I*, que recostado a la sombra de una haya ensaya canciones a la paz del campo, símbolo de la paz a secas, en el trasfondo de la guerra y de la política urbanas. Las *Geórgicas*, por su parte, son un verdadero himno al campo, a su gente, a los distintos tipos de tierra, a sus moradores animados o inanimados de toda índole, a sus lugares fantásticos, misteriosos o lúgubres; a las siembras y a las cosechas. Esta poesía campirana constituye hoy una vieja, vasta y variada tradición,⁷ matriz de un poderoso y sugestivo lenguaje, que hemos heredado y de cuyas categorías queremos valernos aquí. Esta vida del campo es en Virgilio, sí, el lugar idílico donde nacen las artes, en el mismo sentido de la oda a la “vida retirada” de fray Luis de León cuando dice:

¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruído,
y sigue la escondida
senda, por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!⁸

7. Las *Églogas* de Tito Calpurnio Sículo, al empezar la era cristiana, son una muestra del vigor de esa tradición.

8. Fray Luis de León, *Poesías completas*, edición de Cristóbal Cuevas, Madrid, Editorial Castalia. Nueva Biblioteca de Erudición Crítica, 1998, pp. 87ss.

La figura del pastor, como se sabe, irrumpirá luego en ciertos textos del cristianismo primitivo, como el *Pastor* de Hermas. Sin embargo, la literatura pastoril recibe sus títulos de nobleza en el renacimiento italiano del que pasa a la poesía española.

Bajo el supuesto, pues, de que la literatura está cifrada en un sistema de simbolización que empieza en las cosas de la vida cotidiana y termina por ser lenguaje, se le puede concebir, por tanto, como un magno sistema de símbolos, un lenguaje que se ha ido conformando mediante un proceso de traducción que funciona más por la captación y formulación no conceptuales de acontecimientos numinosos que por la mimesis conceptualizada de procesos institucionales: la literatura, así, transforma las cosas de la vida convirtiéndolas más en *ereignis*, el acontecimiento singular y numinoso, que transmitiéndolas como *erlebnis*, como puro conocimiento mimético de experiencias ajenas vertidas en lo institucional: la literatura, por ello, mediante un lenguaje de codificación simbólica totalmente nueva, toma de la vida cotidiana personajes, cosas, acciones y los traduce a unidades léxicas, de naturaleza aconceptual que, en cuanto tales, proyectan la comprensión hacia ámbitos y esferas inéditas que colindan con la utopía, con los infiernos o con los paraísos, aunque se trate de paraísos hechos del multicolor papel de china, con que se curan los males de la realidad cotidiana. Bajo postulado de esta índole, la gente de campo en México ha poblado y puebla nuestra literatura, como han poblado siempre otras literaturas.

Suponemos aquí, en efecto, que, por su índole discursivo textual, la literatura es un proceso semiótico de segundo orden que en su discurrir sintáctico, tanto frástico como transfrástico, va produciendo sentido. Suponemos aquí, igualmente, que las representaciones que la literatura se hace de su referente sociocultural es de índole análoga a la del mito y que, por tanto, como él se aparta de las representaciones científico tecnológicas de la realidad referida y sus simbolizaciones apuntan más bien a la profundidad del sentir, de lo inconsciente, de la fantasía, hacia las emociones: en suma, hacia lo que no puede ser aprehendido a través de conceptos. Por ser configuración de segundo orden, construida sobre las significaciones primarias de la textualidad ordinaria, la lectura de lo literario debe hacerse a ese nivel, del segundo piso para arriba, a partir del lenguaje de la tradición y mediante el recurso a la hermenéutica. Desde este punto de vista, el acercamiento a la gente del campo mexicano aquí intentado, como el que proyectan las otras formas del arte, es una mirada alternativa, distinta y complementaria a las otras miradas que aquí se construyen.

EL TERRATENIENTE DE PAPEL

La literatura mexicana del siglo XX está densamente poblada por voces, discursos, maneras de pensar, modos de vida, tópicos del hablar, personajes tipo, costumbres y, en suma, siluetas rápidas de gente del campo son utilizadas en esa textualidad como simbolizaciones que integran poderosos lenguajes híbridos; figuras, que sirven de matriz a novelas, cuentos y relatos rurales. Estas simbolizaciones son tanto personajes tipo como acciones modelo que documentan con la misma o más fidelidad que las mejores descripciones de un buen científico social toda una cultura, la cultura que sustenta una buena parte del espíritu nacional mexicano. A lomos de *La parcela* (1898),⁹ de José López Portillo y Rojas,

9. Cito por la edición de Porrúa, México, 1961.

llega hasta este coloquio la figura del terrateniente en su doble modalidad de dueño de un ingenio y de hacendado. Se trata de siluetas como las de don Pedro y don Miguel, hacendados caciquescos, compadres, amigos en trámite de parentesco que, sin embargo, no dudan en pelear a balazos para dirimir la propiedad de un pedazo de tierra, el Monte de los Pericos, la “parcela”. Esta obra fue escrita con la convicción de que los campos de México están poblados por gente dominada y avasallada por la pasión por el suelo que la hace trabajar y la empuja a una lucha con todo: es el amor al campo, a la madre tierra. El campesino mexicano siempre fue adorador de ella y, en ocasiones, cuando de defender la tierra se trató, esta pasión despertó su sentido épico y primitivo, su espíritu bronco, y lo impulsó a una lucha feroz, como la narrada por la novela. *La parcela* cuenta un momento de esa épica y ese espíritu.

La parcela ofrece una mirada de principios del siglo XX sobre la gente del campo. Aparecida en el número 11 de la *Biblioteca de autores mexicanos*, fue escrita con la pretensión de renovar la novela mexicana que hasta entonces había sido sólo de imitación de lo europeo y de lo norteamericano “con un cortejo de ideas, costumbres, ciencias y artes importadas del exterior”.¹⁰ Bien escrita, con un estilo cuidado, construido sobre eficaces imágenes rurales, *La parcela* tiene la forma de una secuencia de cuadros rurales sucesivos que, puestos en un mismo plano, dejan ver con claridad los perfiles de una serie de personajes, gente de campo, en lucha aguerrida por la defensa de la tierra en la que las pasiones, aunque desbordadas, siempre se mantienen en el cauce de una serie de postulados y principios moralizantes por los que se guía la gente de campo: el compadrazgo, la amistad, la familia, la palabra, el honor, Dios. Como dice el autor, “de la pintura de tales escenas pueden nacer revelaciones de la mayor importancia, y entre otras, la de nuestro modo de ser nacional íntimo y profundo”.¹¹ Y es que las disputas a que da origen el amor a la tierra, dice el autor, “producen hondas perturbaciones entre la gente rústica, y suministran argumentos llenos de interés para quien las observa de cerca o fielmente las describe”. No es necesario, por tanto, dice el autor, andar buscando en Europa, Estados Unidos o en otras partes los argumentos que nutran nuestra literatura: la gente del campo mexicano y sus cosas se bastan para ello.

Las primeras siluetas de gente del campo que aparece en *La parcela*, decía, es la de un par de terratenientes, uno de ellos, dueño de un vasto ingenio, era don Pedro Ruiz a quien “el cuidado de los negocios obligábale a ser diligente, y por hábito, por temperamento, necesitaba madrugar”. “Descendiente de un cacique de Citalá”, cara de indio, de escasas palabras, “conocía sus tierras de un modo admirable, así sus linderos, montes y arroyos, como todo cuanto en ellos se movía: toros, vacas, becerros, caballos y yeguas”.¹² El otro era don Miguel Díaz, un hacendado a la vieja usanza: ambos con todos los atributos del rancharo. La novela empieza con don Pedro, de madrugada, en el portal oriental de la hacienda, envuelto en el sarape de brillantes colores y calado hasta los ojos el sombrero de alas anchas, atisba el horizonte, en un amanecer rancharo, cuando todavía brillan las estrellas en el firmamento.

El hombre que puebla *La parcela* vive en perpetua simbiosis con el campo, es madrugador, responsable hasta el heroísmo, de ojo perspicaz y oído finísimo, capaz en pocos instantes de leer el paisaje y darse cuenta de una situación aunque se trate de la penumbra de la madrugada, hospita-

10. *Op. cit.*, p. 1.

11. *Ibid.*, p. 2.

12. *Op. cit.*, p. 16.

rio, de palabra directa y sin rodeos, de argumentar a base de clichés y principios ancestrales, pone el deber por encima hasta del compadrazgo. Un deber, sin embargo, construido sobre la defensa de lo que es suyo, sobre todo si se trata de la tierra. Cuando no hay acuerdo sobre la tierra, para evitar cosas mayores, vienen otros apoyos: “compadre, vale más que hablemos de otra cosa: déjese de eso ¡pues qué no somos amigos! Sí lo somos; pero eso no quiere decir que usted se quede con lo mío. ¡Qué modo de amigos!” Tras una lucha sangrienta y mortal las cosas vuelven a su cauce y los valores que imperan entre la gente de campo imperan de nuevo: el temor de Dios, la amistad, el parentesco, el amor a secas. La última silueta de *La parcela* es, en efecto, la de la pareja conformada por Gonzalo, hijo de don Pedro, y Ramona, ahijada suya e hija de don Miguel, quienes sellaban con su enlace la paz pactada por ellos.

EL ARRIERO

De entre la muchedumbre de campo que puebla la narrativa mexicana del siglo XX, este trabajo quiere evocar la silueta del arriero, ese andarín que ha deambulado libremente no sólo por los malos caminos de un México sin caminos sino por nuestros espacios literarios. Me propongo reconstruir, aquí, la silueta del arriero tal cual quedó perfilada en la novela *Arrieros*, de Gregorio López y Fuentes.¹³ Veracruzano de nacimiento, Gregorio López y Fuentes nace crece y se educa en la Huasteca veracruzana. Hoy, ya se sabe, que el lugar en que acaecen los primeros contactos con el mundo y las cosas que conforman el primer escenario con que se convive en la infancia, determinarán el referente de la primera simbolización lingüística y el más directo acceso a la realidad arropándola con un lenguaje vasto y desarrollado: no por nada con el retraimiento de la gente del campo y su refugio en las ciudades se ha puesto fin a una poderosa cultura oral y ha hecho desaparecer a los narradores y cuenteros, a los dicharacheros de rancho. Allí, en todo caso, se enmarca *Arrieros*, un conjunto de relatos, recuerdos, anécdotas y episodios sobre ese sistema de transporte mexicano tan poco estudiado como es la arriería, con sus personajes nómadas, los arrieros, que van de pueblo en pueblo, de rancho en rancho, de lugar en lugar, por caminos apenas dibujados de México.

La arriería es, ya se sabe, una de las instituciones más antiguas y más importantes en la historia de México: constituyó el sistema de transporte de mercancías que se usaba en México antes del advenimiento de las actuales vías de comunicación. Cada arriero tenía su recua o conjunto de animales con los que hacía sus recorridos por caminos de tierra. Eran muy variadas las mercancías que los arrieros transportaban de un lugar a otro: prácticamente todo lo que constituía la mercancía del consumo diario. Cosas como: azúcar, arroz, carne seca, maíz, frijol, garbanzo, frutas, plátano, queso, sal, aguardiente, vinos, cascalote, almidón, trigo, harina, bateas, zapatones, huaraches, telas, petróleo, ajos, anisado, alpiste, café, cacao, cal, camarón seco, cebada, cominos, oro, plata, vaquetas, añiles, cueros, mulas, caballos. Desde luego, para la gente de campo, los arrieros fueron muy importantes: por lo general, sacaban productos agrícolas y ganaderos de todos los pueblos de una misma región y los depositaban en mercados dentro y fuera de ella, al paso que los surtían de las mercancías que consumían.

La figura del arriero es conservada no sólo por la historia en cuanto que personajes importantes, como don José María Morelos, fueron arrieros, sino en la narrativa de occidente donde obras

13. Cito por la edición de Ediciones Botas, México, 1937.

sobresalientes como *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo, es inaugurada por el fantasma de un arriero, Abundio; *El llano en llamas* también documenta la omnipresencia del arriero como en “La noche que lo dejaron solo”. En la obra escrita a finales del siglo XIX por una sociedad de literatos, *Los mexicanos pintados por sí mismos*,¹⁴ se describe así la indumentaria habitual del arriero: “sombrero de ala ancha forrado de hule, algodón de cuero resguardado por una pechera de cuero; ancho ceñidor, cuyas puntas caían sobre un calzón de gamuza abierto hasta media pierna; rodillera también de cuero y zapatos de vaqueta”.¹⁵

El arriero tenía tal cariño por cada uno de los animales de su recua que llegaba a ponerles nombre y hablar con ellos. Gente del camino, el arriero sufre especialmente las inclemencias del clima: el comienzo del tiempo de aguas era, pues, la cruz del arriero. Nada extraño que su santo patrón fuera san Pedro a quien se le festeja el 29 de junio, a los comienzos del tiempo de aguas, cuando los caminos se hacían intransitables.

Para contrastar el punto de vista de López y Fuentes sobre el modo de ser del arriero, recojo aquí el testimonio de un soldado francés que vino a México durante la intervención francesa. Se trata de Ernesto Vigneaux que al regresar a Francia escribió un libro bajo el título *Souvenirs d'un prisonnier de guerre du Mexique* en que nos dejó una descripción del arriero en estos términos:

Era un hombre valiente, como todos sus iguales, que constituyen una familia interesantísima. Al arriero es famoso por su honradez y su energía en el trabajo. Después de la vida del marino, ninguna hay más accidentada, más activa y más nómada que la del arriero. Sobrio y vigilante, viviendo siempre al aire libre, y pasando más de una noche bajo la luz de las estrellas, el arriero está desprendido de la mayor parte de los prejuicios que tienden sus imperceptibles telarañas en torno de las costumbres y las preocupaciones existentes. Áspero y rudo por naturaleza, pero bueno en el fondo, es alegre, servicial y únicamente un poco vividor. En el camino, el trabajo le absorbe por completo, y en los esparcimientos se abandona, como el marino, a una reacción completa, y descansa precipitándose en el placer.¹⁶

En todo caso, también *Arrieros* ofrece varias pinceladas y algunas descripciones del arriero que desde luego son más recientes y, en cierto sentido, más apegadas a la realidad que la de Vigneaux. He aquí, por ejemplo, una de ellas:

Sombrero de palma ennegrecido por las constantes lluvias, aunque refrendado en la orilla por una franja de cuero; al cuello, un pañuelo rojo con dibujos negros; embrocado, un joronguillo de jerga verdosa; el calzón pringado de lodo, se aseguraba por medio de cintas al tobillo, con una facha de botana de gallo en palenque; fuertes zapatos de vaqueta metidos en unos estribos sin tapadera; sobre la cabeza de la silla, el tapajo, en que se leía: “soy de mi dueño”; la montura era sin cantinas; sobre el hígado una *catahuila* de cuero con aplicaciones de tigrillo, y colgada al cuello por una correa.¹⁷

Como decía, el arriero es un hombre del camino: duerme donde se le hace noche si no alcanza a llegar a algún mesón, el viejo hotel de los arrieros; come lo que va encontrando en el camino. López y Fuentes describe brevemente el espectáculo de uno de esos mesones:

14. *Los mexicanos pintados por sí mismos*, prólogo de Enrique Fernández Ledesma, México, Editorial Símbolo, 1946.

15. *Op. cit.*

16. Véase *Enciclopedia de México*, tomo I, p. 431. Este texto es recogido, igualmente, por Salvador Ortiz Vidales, *La arriería en México*, México, Imprenta del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, 1929, pp. 98-100.

17. *Op. cit.*, p. 15

Hombres y bestias representaban los matices, los tipos y las costumbres de todos los caminos. En algunos pesebres, las recuas andariegas de los arrieros llegados de muy lejos, inconfundibles: aquellas, por sus cascos bien herrados y por el estilo de las tarrias, y ellos con su peculiar manera de hablar; en otros pesebres había atajos de burros prietos y canelos, pertenecientes a esos arrieros de poco andar y que comercian en mercancías de escaso costo ...¹⁸

Con hatajos de mulas y de burros, recorriendo los caminos detrás de la recua, durmiendo en mesones, o a la intemperie, comiendo en fondas cerca de la lumbre, soportando la lluvia y los malos tiempos, el arriero, como los viejos aedos o los trovadores, es una especie de noticiero ambulante que sube y baja los cerros llevando mercancías y noticias de un lado para otro, detrás de un atajo ya pujando bajo la carga, ya ramoneando hierbajos en los cantiles. Todo el conjunto: el guión, la recua, mulas cargadas de bultos de harina, manta y lo que sea, en un camino lodoso de piedras y bancos, en un camino flanqueado por

cadena de serranías, afluentes de otras menos altas; cumbres de montañas a manera de enlamados espinazos de monstruos y, para abajo, la tierra caliente. El guión detuvo la recua para componer una carga. Mientras el muchacho desactivaba la cincha, el Refranero, que había ido en su ayuda, sostenía en un hombro los bultos que amenazaban con derrumbarse. Fue rectificadada la colocación de los lazos cargueros; cada uno hizo su amarra, fue extendida la manta sobre ambos bultos y el guión apretó la cincha no sin apoyar una rodilla en el garabato. El animal terneaba, protestando. Cuando el dueño de la recua volvió a montar, hizo este comentario: no hay atajo sin trabajo.¹⁹

Arrieros, además, recoge la silueta del arriero caracterizado, sobre todo, por su hablar dicharachero y su argumentar a base de refranes, frases universalizantes aceptadas por una serie de hablantes que gustan de las máximas sentenciosas que marcan un hablar entimemático. *Arrieros* es una novela escrita bajo la estructura de una carta de un arriero, el autor, a su compañero de andanzas, “el Refranero” es, a ese título, una novela autobiográfica que entre los paisajes, caminos, montañas, ríos, fondas, poblados y demás, recoge los recuerdos infantiles del autor. Los viajes, en realidad, son pretextos para dotar a los refranes de su respectivo contexto situacional. El diálogo también se desarrolla en función de los refranes. La obra, por consiguiente, de López y Fuentes es una recolección de refranes mexicanos, preferentemente del mundo rural mexicano, ambientados, como decía, en la Huasteca veracruzana y dotados de sus propios contextos. El extinguido universo de la arriería es evocado en la obra como otras tantas instituciones y tradiciones mexicanas que hacen de *Arrieros* una obra documental. Uno de los protagonistas es llamado “el Refranero” en cuya boca pone López y Fuentes este rasgo:

... Dados, a los refranes, lo somos todos los arrieros, ese Solís es como yo y como todos nosotros; no tiene más leyes que sus refranes: si ve hacer una mala acción, él dice: *no hay quien escupa para arriba y a la cara no le caiga*; si trata con un embustero, asegura que *cae más pronto un hablador que un cojo*; si ve llorar a una mujer asegurando que no es culpable, afirma que: *en lágrimas de mujer y cojera de perro no hay que creer*.²⁰

18. *Op. cit.*, p. 171. Quiero mencionar las deudas de estos datos con la ponencia de Gerardo Sánchez Díaz y Alvaro Ochoa Serrano, “Los arrieros. Una variedad de rancheros movedizos”, presentada en El Colegio de Michoacán y no publicada.

19. Pp. 13ss.

20. *Arrieros*, México, Botas, 1937, p. 19.

Nada extraño, entonces, que la arriería dejara sus huellas en el refranero mexicano cuyos textos, otras tantas pinceladas de los perfiles y del modo de ser de este personaje del campo mexicano, contribuyen a pergeñar su figura. Entre los muchos refranes que López y Fuentes recoge del hablar arriero cito los siguientes:

Para el arriero, el aguacero.
 Quien compra yegua, quiere potranca.
 Arrieros somos y en el camino andamos.
 No hay camino más seguro que el que acaban de robar.
 Gallina vieja hace buen caldo.
 Para gata vieja, ratón tierno.
 ¡El que tiene tienda que la atiende y, si no, que la venda!
 Primero el cliente y después la gente.
 Quien no quiera llorar que no se acuerde.
 ¡Dios los cría y el diablo los junta!
 El caballo, en la sierra, no llega a burro.
 No todos los que chiflan son arrieros.
 ¡Para la mejor mula, la mejor grupera!
 No hay hatajo sin trabajo.
 En el buen tiempo acarreamos y en el mal tiempo dormimos.
 En ninguna parte falta Dios y uno de Tianguistengo.
 Hay pobres por su gusto y pobres por necesidad.
 Es más malo que la carne de pescuezo.
 El aguardiente es como el agua bendita: lo mismo sirve para un bautizo que para un entierro.
 No sirvas a quien te debe ni mandes a tus mayores.
 Al mal tiempo buena cara.
 No hay quien escupa pa' arriba y a la cara no le caiga.
 Cae más pronto un hablador que un cojo.
 En lágrimas de mujer y en cojera de perro no hay que creer.
 La gente nueva es como la mala cosecha: se pica en la mata.
 Los males con pan son menos.
 Para un buen apetito, no hay pan malo.
 Cuando el muerto es de casa, hasta los quejumbres sobran.
 ¡Sólo pido que me pongan donde hay, que de tomar yo me encargo!

El arriero es parlanchín, dicharachero, mal hablado; tanto que solía hacer siempre bueno el dicho de "lépero como un arriero"; pero buen compañero de camino. El arriero es por naturaleza cambalachero; sin embargo, no se deshace de sus mulas si no tienen algún defecto oculto tras una buena apariencia: una mula nueva de buena alzada es capaz de ganar la sierra descansadamente con ocho arrobas de chilpotle, puede tener una pajueta.

Sobre su figura misma, el refranero mexicano conservó una serie de expresiones que se refieren a su modo de ser. A guisa de ejemplo, cito los siguientes: "padre arriero, hijo caballero, nieto

pordiosero”; “la india dice al arriero: cuanto más lépero, más te quiero”; “arriero de un jumento: buen plato y mal testamento”; “de arriero a arriero, no pasa dinero”; “para la mejor mula la mejor grupera”; “el caballo en la sierra no llega a burro”; “ni todo el vino, ni todo el camino”; “en el buen tiempo acarreemos y en el mal tiempo dormimos”; “para el arriero, el aguacero”; “no todos los que chiflan son arrieros”; “no hay arriero que no tenga algo de embustero y mucho de refranero”.

En *Al filo del agua* (1947),²¹ como vimos en *Las tierras flacas* (1962), y aun en otras de sus novelas como *Las tierras pródigas*, Agustín Yáñez ha dejado constancia de lo poderosa que es la simbolización a partir de cuadros, personajes, escenarios y acontecimientos que documentan la vida cotidiana de la gente de campo. De hecho, como muy bien advierte Yáñez, “*al filo del agua* es una expresión campesina que significa el momento de iniciarse las lluvias y —en sentido figurado, muy común—, la inminencia o el principio de un suceso ... se trata de vidas —canicas las llama uno de los protagonistas— que ruedan, que son dejadas rodar en estrecho límite de tiempo y espacio, en un lugar del arzobispado, cuyo nombre no importa recordar.” La novela, sin embargo, suscita en el autor “el deseo de escribir una serie narrativa de retratos críticos sobre México”.

El “Acto preparatorio”, las primeras palabras con que empieza la novela pergeña una extensa silueta que habla de la gente de una población rural, su modo de comportarse, su apariencia lúgubre. Se trata de un “pueblo de mujeres enlutadas”, “pueblo sin fiestas ... pueblo sin otras músicas que cuando clamorean las campanas, propicias a doblar por angustias”. Pueblo sin tertulias que profesa un profundo horror al baile, en que la gente sólo se visita para los entierros o para las enfermedades. Son pinceladas magistrales que van formando el perfil de un pueblo rural, cualquiera, de los que hay muchos en el occidente mexicano en la primera mitad del siglo XX.

Pueblo sin alameda. Pueblo de sol, reseco, brillante. Pilonos de cantera, consumidos, en las plazas, en las esquinas. Pueblo cerrado. Pueblo de mujeres enlutadas. Pueblo solemne ... Mujeres enlutadas, madrugadoras, riegan limpieza desde secretos pozos. En cada casa un brocal, oculto a las miradas forasteras, como las yerbas florecidas en macetas que pueblan los secretos, los adentrados corredores, olientes a frescura y a paz.

Muy más adentro la cocina, donde también se come y es el centro del claustro familiar. Allí las mujeres vestidas de luto, pero destocadas, lisamente peinadas.

Luego las recámaras. Imágenes. Imágenes. Lámparas. Una petaquilla cerrada con llave. Algún armario. Ropas colgadas, como ahorcados fantasmas. Canastas con cereales. Algunas sillas. Todo pegado a las paredes. La cama, las camas arrinconadas (debajo: canastas con ropa blanca). Y en medio de las piezas, grandes, vacío, espacios.

Salas que lo son por sus muchas sillas y algún canapé. No falta una cama. La cama del señor. En las rinconeras, las imágenes principales del pueblo y del hogar, con flores de artificio, esferas y tibores. La Mano de la Providencia, el Santo Cristo, alguna Cruz Milagrosa que fue aparecida en algún tiempo, a algún ancestro legendoso.

De las casas emana el aire de misterio y hermetismo que sombrea las calles y el pueblo. De las torres bajan las órdenes que rigen el andar de la casa. Campanadas de hora fija, clamores, repiques.

Pueblo conventual. Cantinas vergonzantes. Barrio maldito, perdido entre las breñas, por entre la cuesta baja del río seco. Pueblo sin billares, ni fonógrafos, ni pianos. Pueblo de mujeres enlutadas.²²

21. Agustín Yáñez, *Al filo del agua*, edición crítica de Arturo Azuela (coordinador), México, Conaculta, 1993. En lo sucesivo citada como “edición crítica”.

22. Edición crítica, p. 6.

Al filo del agua es una novela que despide, también ella, un olor religioso, a templo: huele a incienso y a cirio encendido, a rezos de pueblo. Hay en él una vergüenza y un pudor que lo invaden todo, sobre todo las cosas personales del amor: hasta los enamoramientos toman aquí un tinte criminal, de pecado. Los asuntos que despacha cada capítulo despiden todos una moral de pueblo y tienen una trama como si hubieran sido escritos por un experto religioso. Desde la manera como describe magistralmente los “ejercicios de encierro”, por ejemplo, hasta “el padre director”, en toda la obra hay un profundo conocimiento del discurso y palabras de los rituales religiosos de una parroquia de pueblo. *Al filo del agua* reproduce el ambiente rural en que se gesta la revolución mexicana, a principios del siglo XX.

En *Al filo del agua*, Agustín Yáñez confirma una ya para entonces bien consolidada vocación al paisaje rural no sólo desde que publicó “Baraliptron”, en 1930 en la revista *Campo*, sino desde que firmara con el seudónimo de Mónico Delgadillo sus textos aparecidos en las páginas de *Bandera de provincias*, entre 1929 y 1930, y en *Campo*, entre 1930 y 1931. En *Espejismo de Juchitán*, publicada en 1940, *Genio y figuras de Guadalajara* (1942). En toda esta trayectoria, Agustín Yáñez perfila lo que será uno de los rasgos de su estilo en *Al filo del agua*: descripciones puntuales asociadas “a un tono moral, a una semejanza y a una metaforización que se vinculan con lo religioso, y que después se situarán en el centro de sus relatos, en el corazón de *Al filo del agua*”.²³ Como se ve, no es difícil, por tanto, encontrar por aquí y por allá, en la literatura de Yáñez, pinceladas de la vida rural mexicana de la primera mitad del siglo XX, rasgos suyos, de los que, a guisa de un retrato, concluyo con el siguiente fragmento del “Acto preparatorio” que describe un despertar de pueblo rural en una mañana cualquiera:

Cuando la campana mayor, pesada, lentísimamente, toca el alba, en oscuras alcobas hay toses de ancianidad y nicotina, toses leves y viriles, con rezos largos, profundos, de sonoras cuerdas a medio apagar, viejecitos de nuca seca, mujeres y campesinos madrugadores arrodillados en oscuros lechos, vistiéndose, rayando fósforos, tal vez bostezando, entre palabras de oración, mientras la campana ronca da el alba, con solemne lentitud, pesadamente.²⁴

Gente del campo es la que deambula, igualmente, por *El llano en llamas* (1952) y *Pedro Páramo* (1955) de Juan Rulfo: su andar, su hablar, sus supersticiones, la manera de resolver sus problemas, de afrontar las desgracias que depara el destino, de arrastrar la muerte y el cúmulo de cosas de la vida cotidiana preñadas, al mismo tiempo, de miseria y de ilusión. Quien quiera abordar los aspectos que de la civilización mexicana están supuestos en los cuentos de Juan Rulfo no puede sino empezar un personaje tan poco estudiado y mucho menos perfilado que el hombre de campo y todo el universo cultural construido en torno suyo: los lames del caciquismo con todas sus maniobras en *Pedro Páramo*; los engaños del discurso oficial en “Nos han dado la tierra”; las consecuencias sociales del bandidaje en “La cuesta de las comadres”; los males de toda índole que arrastra consigo la pobreza y la miseria en “Es que somos muy pobres”; las secuelas psicológicas y sociológicas del homicidio en “El hombre” y “En la madrugada”; los entreveros del inframundo religioso en “Talpa”; las realidades

23. Luz Elena Gutiérrez de Velasco, “De Yahualica a Comala: un camino entre la representación y la construcción simbólica” en Yvette Jiménez de Báez y Rafael Olea Franco (eds.), *Memoria de Al filo del agua*, México, El Colegio de México, 2000, p. 23.

24. Edición crítica, pp. 6ss.

de la revolución en “El llano en llamas”; el drama de la venganza en “¡Diles que no me maten!”; la miseria de la incomunicación y de la soledad en “Luvina”; las angustias de la revolución en “La noche que lo dejaron solo”; el espejismo y los males de la migración al norte en “Paso del norte”; los vericuetos de la vida pueblerina en “Acuérdate”; la responsabilidad de la paternidad, el valor del padrino y los males del bandidaje en “No oyes ladrar los perros”; la burla y falsedades del discurso político en “El día del derrumbe”; las tragedias de la mala sangre en “La herencia de Matilde Arcángel”; los fraudes y crímenes para tapar la religión en “Anacleto Morones”.

Todo ello documenta una historia, una manera de ver la vida y las cosas de la vida, la forma campesina de construir el espacio en torno de sí, la manera de organizar su tiempo, la jerarquización de sus ilusiones, todo, en fin, lo que implican las sociedades rurales del occidente mexicano en cuyas claves culturales están cifrados los relatos tanto de *El llano en llamas* como de *Pedro Páramo*.

Gente del campo es el agricultor quien vive de los productos del campo, en medio de un incipiente comercio que bien se puede referir a los productos de la tierra, bien a la compraventa de animales domésticos como el puerco o la gallina, en una un tanto frágil vivienda, generalmente de adobe, dotada de un ajuar rústico pero variado y versátil cuya cocina, por ejemplo, tenía este cúmulo de objetos descritos por Luis González en su *Pueblo en vilo* declarado por Jean Marié Le Clézio una de las mejores novelas de Occidente:

La cocina se llenaba con un pretil de dos hornillas, cántaro, comal, ollas, jarros, metate, apazte, cucharón de madera, molcajete, tejolote y artesa. Del garabato se hacía tender la carne. En el zarzo de carrizo, sostenido del techo por sus cuatro esquinas con mecates, se maduraba el queso. En un rincón se guardaban el maíz y el frijol; en otro, la leña seca...²⁵ Casi todo el maíz, una vez desgranado, lo convertían en tortillas, pero no dejaban de hacer atole blanco (la bebida del tiempo de secas), corundas, elotes cocidos o tostados y sopas de elote, toqueras y tamales. Los frijoles de la olla refritos eran el final de las tres comidas. Las calabazas se comían tatemadas o en tacha (cocidas con piloncillo o miel de abeja). Otros alimentos vegetales que se consumían cocidos eran las pencas tiernas del nopal, las verdolagas, los hongos y las flores de calabaza. Las tunas, duraznos, charagüescas y el aguamiel iban crudos al estómago.²⁶

La cocina es el centro de reunión familiar por excelencia y tiene la muy importante función de ser el lugar de la convivencialidad. Según don Agustín Yáñez en *Las tierras flacas* estas son las comidas que se acostumbra en una familia ranchera y cuyo escenario es la cocina:

Cuatro comidas en forma e incontables *tentenpiés*. Desayuno: chocolate, leche, galletas, tamales, taco de sal, cuando se levanta de la cama; después, el almuerzo: carne, chilaquiles, huevos, frijoles refritos con longaniza o chorizo, hartas tortillas; entre una y dos, la comida: cocido, principio, carne, frijoles, en platos copeteados, con abundancia de gordas; hacia las ocho de la noche, la cena: chocolate de leche, leche, carne, frijoles, más tortillas, y, frecuentemente, pollo, enchiladas, pozole, sopes, birria, patas de puerco, tostadas.²⁷

La vida y la muerte en el rancho se apega más a esquemas naturales que a las artificiales enfermedades de la modernidad. Como dice Agustín Yáñez, en *Las tierras flacas*, refiriéndose a la índole cultural de las enfermedades cuando dice:

25. *Pueblo en vilo*, 3ª ed., México, El Colegio de México, 41. En adelante, será citado como PEV.

26. PEV, 61 y 101.

27. Agustín Yáñez, *Las tierras flacas*, sexta edición, México, Joaquín Mortiz, 1977, p. 43.

Por acá ni cuándo se conocían de antes tales enfermedades, ni las viruelas, que a la mitad de la gente que acá vive han puesto cucarachos; en el rumbo se moría de derrames de bilis o cerebrales, dolor de ijada, de mal de orina, de vejez, y las mujeres, de parto o de sus consecuencias; muertes naturales, porque de algo se ha de morir uno; pero allí muchos aventureros fueron trayendo poco a poco esas pestilencias contagiosas, infestando los ranchos, que siempre fueron sanos, de buen clima, sin esos castigos de Dios ...²⁸

La feria (1963) de Juan José Arreola es por sí sola una especie de galería hecha a base de retablos cuyo principal protagonista parece ser Zapotlán el Grande, el pueblo natal del autor. La realidad que le subyace es, en efecto, colectiva, y los personajes que la pueblan, gente de campo, van encajando en ella como las piezas de un gran rompecabezas: el ambiente, entre rural y urbano, documenta el pensar de la gente de campo jalisciense de la primera mitad del siglo XX. Según Saúl Yurkievich, "*La feria* es coro de voces, populosa polifonía. Por eso en ella la lengua tiene importancia fundamental. Arreola delega en sus múltiples locutores la enunciación del relato; cada uno lo narra con su voz y a su manera. La caracterización más marcada es la idiomática. Con discreción, sin caricaturizar, Arreola connota las variantes del español de Jalisco. El habla de cada relator resulta así genuina..."²⁹

En esta galería de voces y enunciadores, hay personajes que reinciden: el cura y el agricultor, por ejemplo. Pero hay también individuos de otras épocas cuyas voces se revuelven en esa polifonía que, al mismo tiempo que documenta el campo mexicano del siglo XX, traza su gestación. Está también, desde luego, el individuo común y corriente, el indio, el oficial del rey, el historiador de pueblo, el agricultor, el nuevo hacendado y, como decía, una voz colectiva que hace las veces del narrador omnisciente que, como tal, conoce todos los secretos de todos y de todas las cosas sobre todo las relacionadas con el campo, la siembra y la cosecha. La novela, en efecto, procede por hilos conductores que se van alternando en ese mosaico multicolor y polifónico: el de la tierra es uno de los más acuciosos y podría bastar para documentar las tareas, el pensar y el querer de la gente de campo. El nuevo hacendado, por ejemplo, quien tras narrar cómo se hizo de su tierra, cuenta la contratación de una cuadrilla para trabajarla:

Contraté para trabajar la tierra a un mayordomo, con sueldo de un peso diario. Él a su vez apalabró ocho peones o gañanes con paga de cincuenta centavos pelones, porque como yo no tengo maíz ni frijol de cosechas anteriores, no pude contratarlos a base de ración, o sea una medida de maíz y un litro de frijol diario, más veinticinco centavos en efectivo. El trato fue verbal, y cada uno recibió diez o doce pesos como acomodo, que deberán restituir abonado cincuenta centavos a la semana. El gañán que recibe ese dinero se llama a sí mismo vendido y no puede trabajar ya de alquilado, como hacen los que no tienen acomodo y trabajan libremente por días o semanas.

Una vez tomada la cuadrilla, vamos a proceder a la limpia de la tierra, que es de rastrojo porque fue sembrada en año pasado. Las que no lo han sido se llaman descansadas y son las preferidas por medieros y parcioneros, que esperan de ellas, como es natural, mayor rendimiento.³⁰

Este hilo conductor, por ejemplo, explicará con precisión cómo se hace la limpia de una parcela: "con guango, machete corto y ancho, de punta encorvada". Explica con detalle, igualmente, cómo es la agarradera del guango, su tamaño, cómo se blande, cómo "se derriban los rastrojos que

28. *Las tierras flacas*, op. cit. pp. 27-28.

29. *Obras de Juan José Arreola*, Antología y prólogo de Saúl Yurkievich, México, FCE, 1995, pp. 42ss.

30. Cito por *Obras de J.J. Arreola. La feria*, México, Joaquín Mortiz, 1980, p. 11.

quedan en pie y las plantas aventureras que en estas tierras florecen, como el moco de guajolote y el chicalote. El primero produce una semilla leguminosa que abona la tierra, es signo de fecundidad su abundancia”.³¹

Luego sabremos que el chicalote es una planta de hojas escotadas y espinosas, que da unos cascabeles llenos de semillitas negras como granos de mostaza, que se venden en el mercado por el aceite que dan y que es usado por la gente en jabonería, y que en la región de Jalisco se recogen unas seiscientas toneladas que las clases menesterosas venden para aliviar su miseria.³² Desde luego, el relato de Arreola explica con detalle el tiempo requerido para la limpia, los bueyes necesarios, el precio de renta por buey, los arados necesarios para la siembra, el tipo de arados, los aperos, los avíos, los yugos escopleteados, las cuartas, las coyundas, los barzones y hasta los otates con todo y puya. Ello implica, desde luego, la distribución del trabajo entre los peones y el tipo de vida que debe adoptar el bueyero quien tiene que dormir en el campo en un pequeño rancho que le servirá de albergue. Quiero terminar este desfile de cuadros pintados por Arreola para documentar los trabajos del campesino con este “No tengo palabras para describir las jornadas de la siembra. Los mozos van descalzos por los surcos. Colgado al hombro llevan el costal de la semilla, como una hamaca. Con pasos medidos van arrojando los granos y los tapan echándoles tierra con el pié. La cuadrilla parece entregada a una danza lenta y antigua. Los mozos, ensimismados, olvidan sus canciones, sus dichos y sus chanzas”.³³

A GUIA DE CODA

A partir de algunos textos, figuras, dichos y escenas sacados de algunas de las obras de la narrativa rural mexicana del siglo XX, casi siempre de occidente, hemos recogido algunas voces y pergeñado algunas siluetas distintivas de la gente de campo en México que nos dicen con puntualidad cómo es, cómo piensa, cuál es el credo que le da sentido a su vida, a qué le teme, cómo habla, cómo vive, cómo muere, a qué se dedica, a qué le tira en la vida, cuál es su ilusión, qué y cómo festeja, de qué se alegra, y qué le entristece, cuáles son sus confianzas y sus desconfianzas, sus lealtades y sus deslealtades. Esta narrativa nos permite entrar al interior de cosas como la religiosidad, el determinismo fatalista, los tópicos y verdades en que apoya su hablar cotidiano y, desde luego, hemos tratado de reconstruir el bagaje de sentido de que, según la narrativa explorada, dispone la gente de campo para sazonar las cosas de su vida cotidiana.

31. *Ibid.*, p. 12

32. *Ibid.*, p. 13

33. *Op. cit.*, p. 38.